

De este lado



la ausencia de los barcos



Isidoro  Villator



De este lado



la ausencia de los barcos

C O L E C C I Ó N

JOSÉ MARÍA BASTAR SASSO

Poesía, Prosa y Textos Literarios

Guillermo Narváez Osorio
Rector

De este lado



la ausencia de los barcos

Isidoro Villator



UNIVERSIDAD JUÁREZ
AUTÓNOMA DE TABASCO

Primera edición, 2022

D. R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura
Colonia Magisterial, C.P. 86040
Villahermosa, Centro, Tabasco

Para su publicación esta obra fue aprobada por el sistema de “revisión abierta” por pares académicos. Los juicios expresados son responsabilidad de los autores.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

ISBN: 978-607-606-599-0

Diseño de portada: Fernando Ramos Bedoy

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

UNO





Llueve sobre las ropas húmedas de la tarde.

Lluvia que asoma frías manos en el tejado
de quienes emigrarán esta noche;
porque es necesario marcharse.

Desaparecer en cualquier arroyo
como cuando éramos imberbes hacedores
de barcos de papel; sin imaginar
la ironía de lo lluvioso.

Llueve.

Tenue murmullo que ofrecen las tejas de las casas.

Humedad de los cuerpos junto a la
acogedora llama del fogón.

Preparándose para la partida.

Donde los barcos y los cayucos esperan.

El agua.

El río, siempre.





Espejos

ilusiones

huellas que dejan las lluvias

trazos de maravillas

que asoman en los ventanales

de miradas ausentes

idas, puestas en otros lugares.

Destellos de esperanzas antes de marcharse

que de nada sirven porque la ciudad está de cabeza:

Su cielo teñido de gris; su viento; su polvo; sus podredumbres; su polvorete; la epilepsia del día; los olores de locos; los ahogados; los sin memorias; el misterio del silencio bajo la ausencia de unos ojos, el bastón, la bufanda, el sombrero de los bufones; la luna, telaraña de luces bajo los párpados de los insomnes; fragmentos de burda finitud que rompen su encanto, cuando parpadean las miras de los que están a punto de marcharse.

Destellos de esperanzas

donde los incautos aún bañan sus ojos

en la ciudad puesta de cabezas.





Cosa común la metáfora de mundillos corrientes
ilusiones donde acostumbran mirarse los desamparados
el último adiós antes de la partida.

Cosa común saltarla
y estar del otro lado
y el mismo lugar.

Espejismos
bajo la mirada de un pincel frío y húmedo.

Pequeños estanques
para enloquecer y suspender la ida
como otras veces a sucedido en pleno vuelo:

Dos sandalias ahogándose en el intento.

Por lo pronto, los que aún les queda corazón, ven nenúfares
donde no los hay ni los habrá.





Sobre el fantasma de los muros
los trazos de la partida
la leña alógena en las manos
en las venas de las grietas húmedas,
su último adiós,
con la lluvia en el tejado
la tardanza de hacer camino
bajo una pausa de té en los labios
que detiene la cadencia del goteo
sus dedos sobre la pared del caserón.

En la silueta encorvada
entre tanta agua apestosa
que se desliza de la gabardina el gran ogro filantrópico detrás de la
puerta donde se escuchan voces entre las rendijas de las alcantarillas,
mutándose como el balbuceo de una fuente.





Ogro filantrópico

hermanito del reitin

sienta su gran corazón que se hurga con el dedo

y con el otro reparte flores a los incautos

entretenidos con una pequeña luz en las fisuras de la casa.

La cena servida

y siquiera la insistencia de una gota de agua

distrae la mirada de los que

se atragantan de ilusionismo grotesco.

Metamorfosis

el polvorete en las uñas,

todas las caras posibles en el arcoíris cristalino de la mesa,

gusanos en el laberíntico rostro

narices en lo que tiene de caracol sobre el desierto;

metamorfosis de voces

la voz de un mal espíritu,

agua bendita, albahaca, el verbo encarnado

y una untadita de miel en la lengua





para guardar el orden del cabello
el maquillaje de la careta,
de lindo bufón.





Bufonerías antes de emigrar
en la última gota de la tarde.
La víspera
todos los santos y sus reversos
todos los muertos muertos
de una mal digestión en la fisura de los labios.
Los más ingenuos, aún
van por sus disfraces y polvoretas;
trazan la cara de los espejos
charcas para seguir el espectáculo de los bufones.
Diríase
con ello
que la esperanza ha tocado a su puerta
pero hay que decirlo
sólo ha sido efecto del hazme reír
en horario de charlatanes
y su payaso principal.





Para cuando deje esta humedad
llevaré conmigo lo único que vale la pena
lo único en medio de tanto fantasma y luces ficticias
de tantas bufonadas y mutaciones detrás de la puerta
de la esperanza ofrecida por el ogro filantrópico
derramando miel todos los días.

Los barcos de papel
el bat, el guante y la pelota de beis
los nances, los mangos,
los tamarindos, las almendras
la pequeña selva, un balón de fut
y el polvo que levantaban los pies
aquellos diciembres de arbolitos y polvora
la última mirada que aquella mujer
dejó en el muelle como un adiós
la ciudad, nuestra casa.
¿Por qué el augurio está en mis ojos?
Algo serio esperaba a esta.





Algo serio detrás de la puerta
cuando la luna derrama sus mejores mieles.

Algo serio después del murmullo
del agua sobre el tejado.

El maquillaje en cada esquina.

El eco de los arlequines como sintonía.

Los muros.

El malecón que acompaña los pasos.

Las sandalias de los zánganos en busca del verso
que los haga inmortal como el río.

La humarada

el chirriar

el estridentismo de voces humanas

como alimento de trogloditas.

Algo ocurre detrás de la puerta

porque el sombrero, la bufanda y las sandalias

son lo único que me acompañan en este caserón.



DOS





De este lado la ausencia de los barcos.

La curva mano del viento
deslizándose en la ribera
como alfarero del día.

La ausencia de carbón y leña
el bullicio de marchantes.

Unas sandalias que moldearon sus pasos
en los embarcaderos llenos de
niebla.

De este lado, ciertamente
las entrañas de la misteriosa
soledad nos mira nos seduce
y nos envía su barca imaginaria.





Aquí la humedad del barro
la brecha angostísima de los curiosos en busca de algo.
Las hojas de los árboles en su sitio.
Pequeños murmullos de agua
conforme la curiosidad avanza.
¿Pero, se puede seguir adelante?
El hogar de unas cuantas maderas
abren esperanzas de este lado
donde están ausentes los barcos,
el mercadeo de la gente.





Dentro de este mercadeo de gente
la sandalia de todos los días
mojándose la esperanza.
La mirada en el horizonte.
Una estela en el cielo primerizo de la madrugada.
Pero los barcos las barcas y los cayucos
anclan sus llegadas y desatan sus partidas
con sus cargamentos de bullicios
y silencios diluyéndose en el infinito del río
sin alguna huella sobre el muelle
de la que algún día partió.
Desde acá se sabe de la ausencia.
Desde este lugar la espera que se
marcha con la noche como todos
los días.





La música sobre los hombros de los caminantes.

El aletargamiento en la frente.

Lo que está bien pero no.

Abajo del malecón la puesta

en el ocaso de lo rojizo

cerca muy cerca lejos muy lejos:

lo ausente.





El sombrero y las sandalias sobre las barcas.

Las bufandas colgadas de los arbustos.

El vaso epidérmico derramado sobre el río.

Las hojas nostálgicas de la ribera.





Entre los arbustos el que ve y es visto.
La espera, la ausencia multiplicada por el río.

La ciudad, de este otro lado.
Sin muelle, barcos, bullicios y mercadeo;
sin nadie que moje sus pies y mida la
temperatura del día.

La ciudad
cansada de esperar,
en los ramajes cuelga lo que nunca llegará.





¿Pero en verdad, nunca llegará?

Una polvareda se levanta
entre los arbustos de este lado.

Olores pútridos
luces artificiales y enseguedoras
de lo más lejano

muy probable de ciudades extrañas
sin leña ni carbón

con la mira de locos emigrantes
puesta sobre las entrañas de un muro
que no deja ver la espera.





Algo pasa con las huellas que voy dejando en el malecón
con los rumores de los pies quienes
caminan a la orilla de este lado.

La polvareda en los rostros
en los senderos de las calles, los edificios
la mirada de los sombreros teñidos de gris.

El polvo en los resquicios más apartado
de la vestimenta de los caminantes.

En los árboles y sus sombras.

En la gabardina del corazón
que no es necesario sacudirse
porque al fin y siempre polvo somos
y en polvo terminaremos.

Pero este polvo es otra cosa
mientras mis huellas se van alejando de la espera
donde llueve cenizas a cántaro.





Llueve
y sus huellas se convierten en fango.
En camino de la soledad
donde alguna vez las piedras eran poemas.
El viento
el asomo de la esperanza
de quien espera.

Llueve
y esta lluvia es distinta en el
cuerpo húmedo del pájaro que calla
sin vuelo que lo espere
como las calles de este otro lado.

Llueve
llueve
llueve;
pero esta lluvia es distinta
debajo del malecón.





Aquí las cosas están sucediendo. El polvo, el viento y la lluvia metamorfoseándose.

Formas diferentes enquistadas en la epilepsia del día

cuerpos amorosos enloquecidos

en los aparadores de este lado.

Infusiones de mosquitos.

Semen resbaladizo en las alcantarillas de las calles

en lo que aún queda de humano.

Con el corazón de un hilo

en la podredumbre de todos los siempres.

Locos que se maquillan el falo con el polvorete a la orilla del malecón.

Locos frente al río con la sangre de la noche.

Locos que se han vuelto más locos entre las calles de este otro lado.





Explicar lo que no tiene explicación. Con el río y sus olores de locos a punto de desbordarse.

Desprendiendo el sabor del hierro, es dar brazadas de ahogados.

Creo haberlo dicho: el rostro incipiente del día nació marchito. La podredumbre ha hecho buen trabajo y, lo que fue húmeda tierra, hoy es yermo en las cuatro estaciones del corazón.

Explicar en lo concéntrico del río, cuando es imposible escuchar su ronroneo. Sentado. Debajo de un enramaje donde se han colgado de pies los desmemoriados.





De esta parte son otros los aires
la humedad de la sombra
el olor de las maderas y sus aldabones
el misterio del silencio debajo de los adoquines
en el ornamento de los árboles
en la mirada contemplativa de las paredes.
De esta parte otros mis demonios sueltos
con la ociosidad de las sandalias
y la ignorancia en las hendidias de las puertas,
sobre el secreto que encierran los caserones y sus fantasmas.
De esta otra parte
los caminos son otros
otra la ciudad
otros mis pasos
otro el que espera
allá
abajo
en el desembarcadero.



TRES





Con mi camarita digital detengo los ayeres.

Los diálogos de fantasmas cuchicheando atrás de las puertas de los caserones.

El moho del tejado donde las salamandras vagan la noche
y las arañas diseñan los vestigios del tiempo.

La piel cacariza de los muros.

Los secretos de los ausentes.

La voz que se deja escuchar por el viento
que asoma sus oídos

todos los días a la orilla del río.

Lunas y soles empapándose labios de ciruelos.

Lunas, soles y ciruelas que no existen.

Lunas testigas del éxtasis de cuerpos desnudos
bajo el enramaje que los vio enloquecer como demonios.

Instantáneas.

Electrizantes rarezas

que mi camarita digital detiene

lo que nunca más volverá.





Instantáneas de humedad y vejez.

Silencio, letargo de días.

Relámpagos donde asoman sus caras las ausencias.

El poeta con la mirada en el horizonte
y el mensajero del río sin música alguna.

Niebla en los rostros sigilosos de las calles; lamen, sorben la polvareda
que desprenden sus caminos los pies del sol, extendiéndose hasta la
última hendidura que se encuentre.

Perros boca arriba con las panzas llenas, extasiados.

Perros insaciables con el hocico entre los escombros.

Ornamentos de ramajes grises.

Ceguera.

Moribundos.

Nada que ver con este pedazo de corazón
que cuelga de mi instantánea.





Se han ido los versos más candorosos de las calles
el bastón
la bolsa de ilusiones
los trazos circulares en cada esquina
las flores al aire
los locos con sus corazones de perros calenturientos.
La música bajo el sombrero
esbozando en las raíces de las manos
el rostro de los sin dientes
los poemas en los oídos de los perros.
Los diálogos de sus fantasmas
la mirada inquisitiva de sus sombras
los pasos sobre las casas.

Sí, se han ido
marchado al otro lado
los locos con sus voces.





Aquí, no hay embarcaderos ni muelles
alguien con la mirada puesta en el regreso de los adioses.

El olor a río es otro
como el de la flora y la fauna.

El polvo de los neumáticos se difumina por el asfalto
y los vapores van diseñando el espinazo de otro cielo,
la esperanza de los payasos en horarios estelares.

Aquí, ciertamente
el aire sacude sus olores húmedos
aunque la polvareda que riegan las llantas
hace sombría la tarde.

Poco importa. Aquí no hay espera
no hay muelle, otro lado, alguna parte
un pájaro que nos avise de la lluvia.





Aquí, otras las entrañas de las paredes.

La música de las calles

el gallo negándose las veces necesarias a sí mismo

las salamandras aferradas a lo que queda de la noche

los últimos ladridos de los perros a la luna

los viajeros con sus llantas en la piel

en lo que aún no despierta.

Minimalismo de corazones herrumbres,

estridentes, que armonizan lo que será el día.

Elena, siempre Elena

pelo en la sopa de letras puesta muy temprano.

Pero ahora no viene al caso. Son las seis de la mañana en la tela

quebradiza del anochecer; por lo que aún se intenta limpiar en las calles,

lo polvoriento del otro lado del malecón.

La aurora

y el corazón de las paredes escupen burbujas de electricidad.

Paredes fulminadas

por la epilepsia de un nuevo día.





De madera es mi corazón
el remo que acaricia el agua del río.
De esperanza la luna
los peces para mi ausencia.
Un frescor el aire
el aliento de quien algún día se marchó.
La noche espejismo.

¿Sabré qué habrá en el último horizonte del río
en los últimos soles y las últimas lunas?
¿Sabré que quien ha buscado lo aguarda alguien en el muelle?
De madera es el ritmo cardiaco del viajero
lo entreveo de este lado del malecón
a pesar del polvo que oscurece los arbotantes.





Oh río, río!

Ni embarcaderos ni muelles

ni nadie que espere.

Demasiada agua.

Nadie mercadeando en tu lentitud.

Los adioses se han ido

y los muchachos y las putas del malecón

guardan silencio.

¡La muchacha ni para cuando regresar!

¡Oh río!

Ni el toc toc de tus maderas.

Ni la luna llena de amor.

La limpidez se ha esfumado.

Nada que hacer.

Soy la polvorienta calle donde ella dejó sus huellas.

Polvo en las intimidades de la piel húmeda y quebradiza.

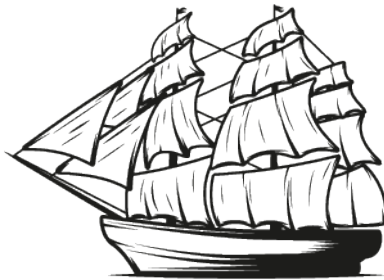
Corazón borroso, aunque pasemos el paño todos los días.

Creo recordar

polvo fuimos y en polvo nos hemos convertidos.



CUATRO





Ahora el silencio.

La lámpara de alógeno.

Más silencio.

Ahora, detrás de la puerta

algo tenue, sensible

como de flauta y violín.

De nuevo el silencio.

Ahora el alba de lo cotidiano.

El asomo incipiente de los neumáticos.

Los perros que aguzan las orejas y sus colas.

Aún cierto silencio para deslizar

la historia de la partida;

un poco de música para los desamparados.





Nada que decir en las aceras de las calles.
La delicada tela que las arañas
han diseñado a la noche
es leche en los ojos del alba.
Pero las arácnidas persisten
tejer la tela de los ciegos
donde se ven siluetas de húmedo adoquinado.
Nada que decir, sólo un verso digno
que acompañe los pasos.

Vientos schubertianos
como buenos indicios para caminar
a través del umbral
debajo del puente.
Buen comienzo en esta desventura.





El primer paso sobre la charca
es importante.

Atrás las paredes húmedas
sus fantasmagóricos bufones.

El murmullo de los tejados
bajo la lluvia de todos los días.

El rocío de las ciruelas
impregnando el pequeño patio.

el monólogo inquisitivo de la televisión
polvorienta en su hechizo mordaz.

El río que fue río.

El espejismo de los muros.

La polvareda, el barro en el rostro
de las casas.

El susurro en las alcantarillas de la ciudad.

El olor podrido de la madera
sobre la espalda de quien da el primer paso
y dice que es importante





llevarse la lámpara de alógeno
que alumbraron y alumbran estos versos.





Las aceras de las calles
la tenue música que acompaña las sandalias.
Dulce y sutil salmo que da aliento a los pasos
manos tendidas al ritmo cardiaco de los que parten
aleteo, contorsión, levedad
que va dejando en la piel,
flores de exquisitos colores.

En las aceras de las calles
Terra nova.
El exhalar de una flauta en
la carne húmeda del viento.





Una llama de aceite, de incienso,
de oración acompaña mis pasos
en las cuerdas de lo cardíaco.

Cada paso es un bálsamo que va
cambiando de olor, ascendiendo
hasta recorrer mis veredas.

Y a pesar que las sandalias
aún tienen en sus labios la amargura,
la miel está allí
en el cordaje del viento.





En la esquina

el aleteo de una mariposa

hospeda su levedad

en

lo

acaracolado

de

mi corazón





Los caminantes
no están acostumbrados
a tener en el ritmo de sus cuerpos
los versos del viento.
En ellos, la tarde volcánica de la zona luz
el río de octubre
el taraleo de los pies que acompañan
el movimiento de sus culos frondosos.

Ciertamente no están acostumbrados; pero la brisa tenue en los rostros
es un manojo de mariposas que aletean en las cuerdas sensibles del
atardecer.





A mis pasos
La alfombra de lo magnánimo.
La danza tejedora de una araña.
Hálito en la alborea de la partida
que deslizo por mis dedos
el vaivén de sus hilos finísimos
sobre lo que aún queda de río en la piel.
La araña clásica
de scherzos allegros y andantes.
Violín flauta piano
que a mi vereda le basta
detrás de la puerta.





Ave María en la alfombra
donde voy dejando mis pasos.
Salmo que se desliza debajo de las sandalias.
Nada fácil
con esta garganta seca de las calles.
A cuenta gotas
el rocío de la mañana.
Pero la leve humedad del barro
tiene, me sabe árbol de almendra
a miel que desprenden las flores.
Escuchemos al aliento
cómo le salen aún pequeñas alas
en medio de la desesperanza polvorienta.
Cómo el ritmo cardiaco de mis pasos
se acompaña con el vaivén
de esta música consoladora.





A los pasos de los caminantes

un poco de amor.

Una schubertiana en la suela de las sandalias

para seguir caminando

lejos muy lejos de la puerta

donde la araña deposita su memoria

y el rocío teje sus finos hilos

en la charca saltada.

Un poco de frescor en el rostro

incipiente del día.

Caricia en la piel

al sonido de unos Ci Dis

sobre estas páginas que son los pasos

de los caminantes.



CODA



A veces me avergüenza estar vivo. Ha llegado la hora.

Sándor Márai



Ni oídos ni ojos
el espejo humano no engaña
y mis padres y mi hermano mayor, no mienten.
La cara consumada del día asoma su rostro.
Es el bastón de los ciegos
y un caracol que se me hereda esta tarde.
Ni oídos ni ojos
en el ritmo ardiente de la selva,
en el mosquito que excita a los amorosos,
en el río cansado de ser río;
en el muelle
en los espejos del horizonte
puesta la nostalgia de la espera.
Pero el bastón y el caracol lo heredo
para tentar y escuchar la música del día.
Dormido como quien escribe el epígrafe.





Este viejo que espera sentado en el muelle, se le marchó Elena un día cualquiera en un velero. A ti, el mar, hacia el infinito, las cenizas de Lola. Claro, tú no esperas nada; pero el insomnio trae consigo, no sé por qué, el recuerdo de ella, como al viejo que recorre las habitaciones del caserón, preguntando por Elena.

Sí, este viejo con la mirada perdida en el río, se parece a tu mira puesta en el infinito.

Río y mar, insomnio y sueño
esperando con las manos extendidas.





También a mí, carísimo viejo.
Alejado del bullicio de la ciudad
le titila el candil
en lo más oscuro de lo lejos.





Hay luciérnagas en la selva para buen rato
a pesar de no tener oídos ni ojos,
aunque cada día muera muy lentamente.





Para un hombre solo como yo,

la luna de octubre

las luciérnagas del lago

y la sutil partitura de las candelas

en la quietud de la selva.

Otro mundo, claro,

a la orilla de un camastro

bajo la luz mortecina que muere lentamente.

Otro mundo, claro,

bajo el concierto de los moribundos que cada vez se ahogan en la

penumbra de las paredes.

Otro mundo

aunque el olor de la soledad es diferente.





La vejez aferrándose a lo insostenible
camina a la orilla del malecón.
Que la brisa húmeda del viento
atisbe los olores de Lola,
la mirada en el crepúsculo de su rostro.
Pero el aire no tiene nombres,
se los ha llevado el soplo del atardecer
con su vela de madera.
El bastón
entonces
es levedad en el viento
nube que se lleva el río sin más.





Es tarde
hora de cerrar la última hoja amarillenta del libro
y tender el sombrero, la bufanda y el bastón
en el enramaje de la noche.





Al final la pesadez en el barro.

La lentitud hacia ninguna parte.

Sin linterna alguna.

Con el bastón de lo insostenible.

Un atisbo ribereño que se asoma entre los cabellos que no sabe a nada
porque el río es ciego y sin oído.

Al final, en la ribera

inmóvil

con el asombro de un niño con arrugas

en el horizonte de los desoídos ciegos

donde espera y está sentado

frente a la estela de Lola

ante la llegada de la hora.





El optimismo de la vejez en las voces de quienes se resisten. Hay viejos —dicen— con la pesadez a cuesta; pero el rostro erguido. Viejos que en nada se parecen a ti, vejete.

(Pero mi madre me hace recordar que ciertamente la literatura es el mundo de lo posible, cuando habla de sus ganas de no seguir viviendo; porque la vejez —dice— es una vergüenza, un sin sentido, un absurdo entre lo absurdo que es el hombre.)

Digo nada, frente a esta queridísima y escéptica vieja.

Es mejor callar.

Callo.





(Leo los diarios de la vejez y, a través del cristal del libro, el rumor del agua se deja escuchar. La pequeña barca deslizándose en silencio, como el poeta que sabe su destino.)





Entreveo mi voz despedazada por pequeños lobos que aún no les han salido colmillos; pero el filo de sus miradas les da un aire a sus rostros, de lo que es la purulencia del hombre.





Leo acerca del *mal de Montano*, quizás porque el vicio literario es, desde hace muchos ayeres, la única forma de vida que llena la ausencia y entretiene la espera; desempolva el cristal del horizonte donde aún entreveo la esperanza sentada con los pies en el agua.

Claro está, la trama de *Montano* es una enfermedad; la mía, reitero, apenas un vicio; aunque últimamente mi biografía se ha estado poblando de siluetas y fantasmas.





No es muy temprano que digamos; pero es buena hora iniciar la lectura de un nuevo libro y, después de un buen rato, se quede esto conmigo:

Viajar en solitario sirve para conocerse a sí mismo.

He decidido viajar; las ausencias siguen allí, en el malecón. Se han marchado en el último barco donde ella también partió algunos ayer.

El río, el barco, los embarcaderos y el bullicio de los mercaderes sé que están allí; pero el olor a polvo me dice que los enterradores le han dado burda sepultura. Que las huellas de mis sandalias, dejadas en la polvareda, viajan con el viento como metáfora de la soledad.





La luz lluviosa bajo la piel neumática de los automóviles en las calles de los oídos. Un enorme charco blanco que no dice nada y forma alguna de saltarlo; aunque viéndolo bien; si de lo que se trata es desaparecer, no necesitamos barcos ni cayucos para navegar.

A ratos silencio. Cosa rara después de atravesar el umbral del amanecer. No hay nada que hacer; bueno, asomo insomne la cara en el ventanal y logro ver, sí, logro ver; aunque húmeda las calles, ni un charco donde pueda saltar y escribir un solo verso que valga la pena.

De regreso a la mesita, tomo la más fina llovizna de música, y me la unto al oído como un caracol, para tener alguna gracia este día.





DEPARTAMENTO
editorialcultural

Lic. Guillermo Narváz Osorio
Rector

Dr. Luis Manuel Hernández Govea
Secretario de Servicios Académicos

Mtro. Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Director de Difusión Cultural

Mtro. Fredys Pérez Ruiz
Jefe del Departamento Editorial Cultural



Esta obra se terminó de editar el 23 de agosto de 2022, en Villahermosa, Tabasco. México. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor y del Departamento Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y el Fondo Editorial Universitario.



UNIVERSIDAD JUÁREZ AUTÓNOMA DE TABASCO

“ESTUDIO EN LA DUDA. ACCIÓN EN LA FE”

C O L E C C I Ó N

JOSÉ MARÍA BASTAR SASSO

Poesía, Prosa y Textos Literarios